

Introducción

Entre Tlatelolco y Tlatelolco: memoria del 68

Es 2 de noviembre de 2018 en la Plaza de las Tres Culturas, en el conjunto urbano Nonoalco-Tlatelolco. Atrás han quedado ya los homenajes por el recuerdo de los estudiantes asesinados el 2 de octubre de 1968 que han llenado de memoria en los últimos meses una de las injusticias más infames de la historia mexicana contemporánea. La Ciudad de México se recupera del festivo Día de Muertos mientras en Tlatelolco el característico gris de los adoquines y de los edificios habitacionales recibe al viajero con un silencio doloroso. El tiempo parece detenerse en esta plaza. La iglesia franciscana, el antiguo colegio de Santa Cruz de Tlatelolco donde Bernardino de Sahagún y otros humanistas del Renacimiento experimentaron la fallida utopía del entendimiento, destaca en un conjunto en el que todavía quedan restos del centro ceremonial indígena. En él, antes de la peluca y la casaca, brillaron los productos del valle de Anáhuac, en el tianguis que tanto impresionó a los cronistas españoles y donde se erguía el Templo Mayor a Huitzilopochtli, lugar de rituales religiosos y sacrificios del vencido. En la entrada a las ruinas, grabada en la piedra, queda noticia del doloroso nacimiento del México mestizo —no fue triunfo ni derrota, reza el monolito—, en el mismo lugar en el que los mexicas, encabeza-

dos por Cuauhtémoc, resistieron la última embestida de las tropas de Hernán Cortés en agosto de 1521. Muy cerca, al borde de la iglesia, están esculpidos los versos de Rosario Castellanos, que son recuerdo de los nombres de algunos de los asesinados por la balacera de 1968. Esta mañana del 2 de noviembre de 2018, el viajero se acerca a la memoria de los sobrevivientes a través de los zapatos que yacen en los adoquines —“los zapatos sin nadie llenos de sangre” (Pacheco 1980: 69)—, que hoy caminan, en un surco de flores de muerto terciopelo y cempaxúchitl, hasta el altar de piedra en el que se ha convertido el monumento que recuerda el trágico final del movimiento estudiantil hace cincuenta años.

Como en la canción de Ismael Serrano, todo lo que se soñaba se cubrió de telarañas aquella tarde de miércoles del 2 de octubre de 1968. Eran las cinco y media cuando los estudiantes mexicanos dieron comienzo a la reunión convocada en la Plaza de las Tres Culturas, en la que siguieron sosteniendo el pulso a un gobierno que había optado por la violencia frente a un movimiento que había puesto en jaque al Distrito Federal con un pliego petitorio, brigadas informativas y concentraciones pacíficas que demandaban mayor justicia social. Minutos más tarde, las llamaradas de las bengalas que caían de los helicópteros que sobrevolaban la plaza pusieron en alerta a los asistentes. Fue la trágica señal para que los francotiradores del ejército mexicano, apostados en las azoteas de los edificios circundantes, comenzaran los disparos y el dispositivo preparado para reprimir la asamblea.

Aunque ha sido un largo y difícil camino, hoy la historia es de sobra conocida: tras el fuego, ráfagas de disparos sembraron el pánico entre los jóvenes que escuchaban atentamente los discursos de los líderes del movimiento estudiantil. Como hemos ido conociendo con el tiempo, aquella tarde fueron asesinadas más de trescientas personas y otras tantas quedaron heridas o fueron encarceladas. Con el brazo ejecutor del ejército, el Gobierno mexicano presidido por Gustavo Díaz Ordaz reprimió brutalmente un movimiento que, desde el poder, se entendió como un riesgo para la celebración de la XIX Olimpiada, evento que iba a situar a México en el centro de la atención mundial durante varias semanas de octubre. Horas más tarde, según el testimonio de Margarita Nolasco en *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, “todo era de

una normalidad horrible, insultante” (2009: 236) en la ciudad más bulliciosa del mundo. Por la mañana, como recuerda Rosario Castellanos en el “Memorial de Tlatelolco”, los periódicos hablaron del estado del tiempo. Días más tarde, como escribe Jaime Sabines en el poema “Tlatelolco 68”, “el pueblo se aprestaba jubiloso / a celebrar las Olimpiadas, / que darían gloria a México” (Ayala *et al.* 2009: 325-327).

La esperanza generada en América Latina por la entrada de los barbudos en La Habana en enero de 1959 había dado alas a los movimientos que venían demandando una mayor justicia social en un territorio recorrido por la inestabilidad política, por los desmanes económicos y las desigualdades sociales. No obstante, durante las décadas de los sesenta y los setenta distintos golpes de fuerza fueron descomponiendo todo atisbo de contagio revolucionario. Martin Luther King, John F. Kennedy, Ernesto Che Guevara, Salvador Allende o los jóvenes de Tlatelolco fueron los mártires públicos de una historia enmarcada en las pugnas por la hegemonía del poder mundial, pero escrita en las calles de diferentes capitales por jóvenes anónimos con pancartas que pedían un mundo mejor y que fueron acallados con fusiles que defendían un capitalismo en ciernes que todavía hoy devora nuestro día a día.

Para la historia mexicana, 1968 supuso un hito fundamental para entender los derroteros de la sociedad, para recuperar con impulso un debate identitario irresuelto y complejo que a la postre significó un antes y un después para la conformación de los movimientos culturales de las últimas décadas. El movimiento estudiantil consiguió incomodar al Gobierno del PRI, dedicado a cualquier precio al desarrollo faraónico de una ciudad-estado que tenía que ser orgullo de América. Octubre de 1968 debía convertirse en el momento culminante: la presentación al mundo de un México posrevolucionario moderno y próspero ante los ojos de millones de espectadores que prestarían atención a los Juegos Olímpicos. Octubre de 1968 debía de haber sido el mes de los nueve récords mundiales en el atletismo olímpico, el mes del salto de Bob Beamon y de la icónica y polémica imagen de los atletas con el puño en alto, emblema del *Black Power*. Sin embargo, en octubre de 1968, dos semanas antes de la ceremonia inaugural, la represión gubernamental llegó hasta niveles insospechados incluso para unos jóvenes de izquierdas que en plena Guerra Fría llevaban años enfrentados a la

violencia policial y judicial del Estado. Los francotiradores apostados en las azoteas del edificio Chihuahua dispararon a los asistentes reunidos en asamblea en la Plaza de las Tres Culturas. Más de trescientas muertes acalladas por unas instituciones que prefirieron la ignominia y que escribieron uno de los capítulos más trágicos de la dramática historia latinoamericana de los años sesenta y setenta.

Evidentemente, lo ocurrido con el movimiento estudiantil se convirtió en anatema para vertebrar en el arte mexicano una corriente cultural de época, cuyas formas literarias principales, heredando algunas de las conquistas formales de las vanguardias, tornaron los ojos al desarrollo urbano de las grandes ciudades latinoamericanas y a la convulsa problemática política y social que azotaba a todo el continente. Así, la nueva novela histórica, la narrativa social, la poesía de la comunicación, la canción protesta, la reinención de la crónica o el teatro testimonial emergieron como referentes de una literatura latinoamericana convertida en muchos momentos, frente a la insidia de los vencedores, en instrumento decisivo en la búsqueda del testimonio de la verdad, de la justicia y de la memoria, a partir de la modulación literaria de una violencia que, por desgracia, todavía hoy se manifiesta en muchos espacios del continente.

Tlatelolco ha inundado la literatura mexicana desde distintas coordenadas —políticas, generacionales, históricas— y se ha filtrado en todos los géneros —narrativa, ensayo, teatro, poesía, historiografía, cine, pintura, música—. Entre los intelectuales mexicanos de las diferentes generaciones que convivían en el 68, el acontecimiento se convirtió por fuerza en eje de una reflexión que comenzó con la búsqueda de una verdad acallada por los poderes oficiales, ofuscados en esconder la represión a través, entre otras estrategias, de acusaciones a buena parte de la intelectualidad progresista mexicana de instigar el conflicto como brazo ejecutor de una campaña internacional de intervención comunista en México. Así ocurre, por ejemplo, en *La noche de Tlatelolco* (1971), novela testimonial fundamental para comprender aquellos meses de 1968, o en las crónicas descarnadas de Carlos Monsiváis en las semanas posteriores, publicadas algunas bajo el título *Días de guardar* (1970), que iniciaron una corriente de recepción e interpretación que todavía hoy no está concluida.

La reflexión en torno a Tlatelolco ha perdurado durante estos cincuenta años en innumerables interpretaciones históricas y artísticas que han procurado enfocar y desenfocar personajes y sucesos desde diferentes géneros y que han modulado preferentemente la historia cultural mexicana contemporánea. Las líneas principales de argumentación han girado en torno al debate sobre los detalles del movimiento en sí mismo, desde su surgimiento repentino, su configuración tras el apoyo del rector Barros Sierra para la preservación de la autonomía universitaria, hasta las muertes en Tlatelolco y la represión a los presos en Lecumberri. Son numerosos los testimonios que desde los meses posteriores se han publicado en estos cincuenta años, sobre todo de los protagonistas: desde los arrebatos iniciales de Ramón Ramírez o Luis González de Alba, entre otros, hasta las reflexiones de José Revueltas en *México 68. Juventud y revolución*, publicado en 1978, o de Carlos Monsiváis en *El 68. La tradición de la resistencia*, en octubre de 2008.

Sería imposible abordar en un libro toda la producción literaria y de revisión historiográfica en torno al movimiento estudiantil, que como hemos podido comprobar en las estanterías de las principales librerías de la ciudad, se ha revitalizado con una fuerza inusitada por el cincuenta aniversario, con importantes reediciones y publicaciones nuevas que continúan enfocando el significado del 68, algunas de las cuales fundamentales para completar esta monografía. Frente a esa imposibilidad, los argumentos que presento en estas páginas forman parte de un proyecto que pretende analizar principalmente las escrituras que diversos autores han propuesto de los acontecimientos de 1968 a partir de uno de los grandes temas de interpretación, relacionado con la lectura de la tragedia a la luz de la reescritura de la historia mexicana en torno al espacio simbólico de Tlatelolco, emblema de la herencia mexicana y lugar de sacrificios humanos y batallas perdidas. Esta actualización semántica que practica una parte de la recepción literaria del 68, asimilando la tragedia de Tlatelolco con momentos anteriores de la historia mexicana y resignificando, sobre todo, el sentido de la cultura náhuatl en la identidad mexicana, vertebrada una cantidad notable de poemas, narraciones y obras de teatro de los años sesenta y setenta que plantean un diálogo identitario alrededor de dos tópicos principales: el de la violencia repetida y el de la visión de los vencidos.

Una de las primeras interpretaciones sobre el significado de los acontecimientos la ofreció Octavio Paz en varios textos inmediatamente posteriores al 2 de octubre. Como sabemos, en 1968 Paz trabajaba para el Gobierno en calidad de embajador en la India, y después de la balacera pidió inmediatamente poner su cargo en disponibilidad para abandonar sus funciones. El 7 de octubre de 1968, todavía desde Delhi, Paz escribe a la Coordinación del Programa cultural de la XIX Olimpiada, desde donde se había cursado una invitación al poeta para participar en el encuentro mundial de poetas que iba a celebrarse para la ocasión. En la carta, Paz se disculpa por haber declinado anteriormente la oferta y adjunta un poema reescrito tras los recientes acontecimientos, titulado “México: Olimpiada de 1968”. Inaugura así una de las líneas temáticas más fecundas en la reflexión del 68 mexicano, la de una constante de sangre y un tiempo invisible en la historia de México, dominada por unas relaciones de poder abusivas desde tiempos prehispánicos, que el intelectual mexicano apostillará en las conferencias que componen *Postdata*.

En consonancia con los argumentos de Octavio Paz, entre las numerosas propuestas literarias que procuraron recoger las emociones de aquellos días, vamos a fijar la atención en aquellas que tomaron como motivo la actualización semántica de uno de los testimonios líricos más expresivos de los cantos tristes de la conquista que Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla habían editado en castellano en la década de los cincuenta. En la última parte de la conocida antología *Visión de los vencidos* se publicaron en castellano fragmentos de cuatro *icnocuicatl* extraídos de los manuscritos de los *Cantares mexicanos*, de los *Códices matritenses* y del *Anónimo de Tlatelolco*, en traducción de Ángel María Garibay, titulados “Se ha perdido el pueblo mexicana”, “Los últimos días del sitio de Tenochtitlán”, “Las ruinas de tenochcas y tlatelolcas” y “La prisión de Cuauhtémoc”, en los que se narra, desde el punto de vista del vencido, con un lirismo extraordinario, el final de la guerra con los españoles por la ciudad de Tenochtitlán.

La publicación en castellano de estos testimonios, desconocidos hasta el momento, ofreció al debate identitario mexicano nuevas claves de lectura. La identificación del intelectual con la emoción de los vencidos no tardó en germinar en obras literarias de una época fuerte-

mente mediatizada por el argumentario político y la pertenencia a un espacio político, social y cultural forzosamente sincrético, heredero de diferentes dominaciones mal resueltas, como Octavio Paz había puesto de manifiesto en el ensayo *El laberinto de la soledad* (1950), del que mucho se habló en las décadas de los cincuenta y sesenta.

La brutal represión del movimiento estudiantil provocó un intenso debate intelectual que llevó a algunos escritores a revisar los acontecimientos con las lentes de la recuperación del legado prehispánico que se estaba realizando, sobre todo, en el Instituto de Cultura Náhuatl de la UNAM. Allí se asentó el trabajo de estudio de las lenguas y la literatura indígena que Ángel María Garibay, su director, había llevado a cabo a lo largo de varias décadas en distintas zonas del país. En este contexto, los versos del *Anónimo de Tlatelolco* van a leerse por primera vez en la década de los sesenta y se convertirán, después de Tlatelolco, en la columna vertebral de proyectos literarios diversos.

Así, el número de composiciones literarias que tratan de explicar lo ocurrido en Tlatelolco a partir de la relectura de los testimonios de la historia y la literatura indígena son numerosos, y conforman uno de los corpus más interesantes en la recepción literaria del 68. En estas páginas revisaremos el ejercicio de interpretación que autores como Octavio Paz, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Pablo Salinas, Juan Bañuelos, Carlos Monsiváis, Ramón Martínez Ocaranza, José Carlos Becerra, Felipe Galván, Juan Miguel de Mora, Marcela del Río o Máximo Simpson Grinberg realizaron tras el 2 de octubre. Todos ellos activaron una conexión de resemantización de dos momentos históricos diferentes, cuya asimilación operó en dos planos simultáneamente. Por un lado, los intelectuales del 68 encontraron un camino de interpretación fructífero, situándose como herederos de la red de agujeros del conocido poema del *Anónimo de Tlatelolco*; pero, por otro, se convirtieron en una de las primeras generaciones que daba sentido y significación a unos testimonios que prácticamente habían sido ganados para la tradición mexicana muy pocos años atrás. La lectura de estos testimonios, como intentaremos revisar en estas páginas, vertebró, por tanto, la mitificación de la visión de los vencidos, que resignificó los testimonios de la tragedia indígena en la exploración emocional que supuso la matanza de Tlatelolco.

“Nada es lo mismo, nada / permanece. / Menos / la Historia y la morcilla de mi tierra. / Se hacen las dos con sangre, se repiten”, escribía Ángel González en unos conocidos versos del poema “Glosas a Heráclito” que resumen elocuentemente las historias de estas páginas: una violencia repetida que en el caso mexicano ha ocupado el mismo espacio físico y simbólico en diferentes épocas y por diferentes motivos, todos ellos a la postre decisivos para su historia. Un tiempo recurrente, circular, como nos recuerda trágicamente la profecía, el augur mexicana de *Todos los gatos son pardos*, de Carlos Fuentes: “Tlatelolco será siempre el lugar del crimen” (Fuentes 1970: 173).

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de diferentes personas e instituciones que en los últimos años me han permitido disfrutar, aun en tiempos difíciles, del trabajo del investigador. El proyecto se inició en el año 2013 con una beca para jóvenes investigadores del Banco Santander, que me facilitó pasar algunos meses en el Departamento de Literatura Dramática de la UNAM bajo la tutela del doctor Óscar Armando García Gutiérrez, cuya confianza, incluso en los momentos más complicados, devuelvo con gratitud infinita en estas páginas, pues la estancia me dio acceso al acervo bibliográfico y fotográfico imprescindible de la institución universitaria. Agradezco también la amabilidad y los consejos de María Águeda Méndez, que puso a mi disposición la colección de la Biblioteca Daniel Cossío Villegas, en El Colegio de México, y de Dalmacio Rodríguez y Dalia Hernández, que me abrieron las puertas de la Biblioteca Nacional de México. En otros tiempos diferentes, no habría podido terminar este estudio sin la ayuda desinteresada de Elsarís Núñez, mi ángel en Ciudad de México; de Emilio Gallardo, al que conocí en México a la vez que iniciaba este proyecto y que me facilitó, además de su amistad, valiosos testimonios para esta monografía, y de Manuel Aznar, cuya amabilidad y saber me permitieron encontrar y entender los textos de Juan Miguel de Mora. Tampoco sin la paciencia infinita, por los días de escritura robados, de Sandra y de mi familia y amigos, ni sin el excelente hacer del grupo de investigación en literatura hispanoamericana que dirigen con pasión incansable en la Universidad de Alicante el profesor José Carlos Rovira y la profesora Carmen Alemany, con el impulso fundamental del Centro de Estudios Literarios Iberoamericanos Mario Benedetti, que diri-

ge la profesora Eva Valero, y todos los compañeros y compañeras que de él forman parte, referentes del hispanoamericanismo en España, sin cuyo magisterio y ayuda esta investigación no habría llegado a buen puerto. También al Departamento de Filología Española y al Departamento de Innovación y Formación de la Universidad de Alicante, por compartir y colaborar en estas páginas.

Por último, este libro forma parte de los resultados de los proyectos de investigación concedidos por el Ministerio de Ciencia del Gobierno de España a los que he estado ligado estos años: “La formación de la tradición literaria hispanoamericana: recuperaciones textuales y propuestas de revisión del canon”, dirigido por José Carlos Rovira entre 2012 y 2014; “La formación de la tradición literaria hispanoamericana: la recuperación del mundo prehispánico y virreinal y las configuraciones contemporáneas”, dirigido por José Carlos Rovira y Carmen Alemany entre 2015 y 2018, y “Construcción/reconstrucción del mundo precolombino y colonial en la escritura de mujeres en México (siglos XIX-XXI)”, dirigido por Carmen Alemany y Beatriz Aracil, con el que empezamos a trabajar con entusiasmo en 2019, además de la Red de Innovación Educativa del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Alicante “Adaptación de Materiales de literatura hispanoamericana para la docencia en el EEES, MOOC y utilización de las TIC”, que coordiné en el curso 2015/2016. El último impulso de la investigación se la debo a una Beca José Castillejo del Ministerio de Ciencia del Gobierno de España para estancias de investigación de jóvenes doctores en 2018 y a la amabilidad de Patrizia Spinato, que puso a mi disposición el Istituto di Storia dell’Europa Mediterranea, ISEM, del Consiglio Nazionale delle Ricerche de Italia, y la biblioteca fundada por el profesor Giuseppe Bellini en Milán para llevar a cabo la reflexión necesaria sobre el humanismo y el siglo XVI en Nueva España. En este espacio recuperé el hilo de la escritura de las siguientes páginas, que no quieren ser otra cosa que alimento de la memoria de todos aquellos intelectuales que recuperaron la palabra de los antiguos mexicanos y de todos aquellos ciudadanos que lucharon contra la barbarie y por la justicia social, siendo realistas y pidiendo lo imposible, para construir el mundo en el que vivimos hoy.